

Nuestras dehesas



► Texto: Vicente Rodríguez Estévez y Clemente Mata Moreno
Fotografías: Vicente Rodríguez

La dehesa es uno de los ecosistemas más singulares de la Península Ibérica y de Europa. Es fruto de un sistema de aprovechamiento agrosilvopastoral, en el que el ganado no excluye a la fauna silvestre y donde el respeto y buen hacer supo equilibrar productividad y estabilidad. De alguna forma habrá que agradecer a estas esforzadas comunidades de pastores la labor que hacen para todos. Estudiar y conocer este manejo tradicional de los pastos, el ganado y los árboles, comprender que la biodiversidad que genera es nuestro mayor tesoro, será vital para no malograrla en unos pocos años

A quienes no han visto nunca una dehesa se la podríamos describir como un monte hueco, un bosque aclarado o abierto, un pastizal o prado arbolado, una sabana o un parque donde encontramos dos estratos vegetales claramente diferenciados: los árboles y la hierba.

La Sociedad Española para el Estudio de los Pastos (SEEP) define la dehesa como una “superficie con árboles más o menos dispersos y un estrato herbáceo bien desarrollado, en la que ha sido eliminado, en gran parte, el arbustivo; con un origen agrícola (tierras labradas en rotaciones largas) y ganadero; su producción principal es la ganadería extensiva o semiextensiva, que suele aprovechar no sólo los pastos herbáceos, sino también el ramón y los frutos del arbolado”. Esta definición zanja la distinción entre *dehesa arbolada* y *dehesa desarbolada*: la dehesa es arbolada. Cuando no hay árboles debe hablarse de pastizal.

En lo que respecta al tipo de ganadería, hay que discrepar con la SEEP. Si hablamos de dehesa, hablamos de

sostenibilidad y por tanto de ganadería extensiva; lo que implica una alimentación basada en el pastoreo, manteniendo un equilibrio que garantice la renovación estacional de los recursos. El término ganadería semiextensiva es un eufemismo para una ganadería que en su otra faceta es semiintensiva, y por tanto no sostenible.

Los árboles de la dehesa

Según los árboles que crecen en ella, en España, podemos encontrar distintos tipos de dehesas: de encinas en Extremadura; de robles melojos en el Sistema Central; de fresnos en Segovia (fresnedas); de manzanos en Asturias (pomaradas); de alcornoques y acebuches en Cádiz; de encinas y pino piñonero en Huelva; de pino silvestre en Guadalajara; de almendros en Granada; de algarrobos en Murcia; de higueras en Mallorca; de olivos en Córdoba; de castaños en Galicia; de sabina albar en Cuenca, etc. Pero son, sin duda alguna, las dehesas de *Quercus* (fundamentalmente las de encinas y alcornoques) las predomi-

El origen de la dehesa

La etimología de la palabra dehesa (en latín tardío, *defessa*) corresponde a una reserva o acotado de pastos, que se cercaba y defendía para el uso de un propietario. La primera referencia escrita del vocablo *defessa* data del año 924. En la Edad Media este término se refería a los invernales o extremos (Extremadura y los valles de Alcuía y del Guadalquivir) en los que pasaban todo el invierno los ganados trashumantes. Tras la Reconquista y con la Mesta fue, sin duda, cuando se expandió la estructura fisonómica de la dehesa como paisaje agrario. Sin embargo, existen referencias previas respecto al acotamiento de fincas en las leyes visigodas, denominado como *pratum defensum*. Más aún, el hispano-romano Columela describe el sistema de explotación del cerdo ibérico que ha llegado a nuestros días, basado en el engorde con bellotas (para lo cual eran necesarias las dehesas).

Los análisis palinológicos de los yacimientos neolíticos de Los Barruecos de Malpartida y del Cerro de la Horca de Plasenzuela (Cáceres) indican que desde hace 6.000 años la intervención humana sobre el bosque mediterráneo ha dado lugar a la formación de un paisaje similar a la dehesa actual.

nantes, con casi 3,5 – 4 millones de hectáreas, ocupando gran parte del suroeste de la Península Ibérica, desde Salamanca al norte, hasta Cádiz y Málaga por el sur, incluyendo el Algarbe y el Alentejo en Portugal (donde las dehesas se llaman *montados*). El área potencial de la dehesa originalmente era de 9,5 millones de hectáreas, pero desgraciadamente ha quedado relegada a las zonas menos productivas agrícola y a aquellas en las que sus propietarios (ganaderos) se preocuparon por su conservación y mantenimiento.

Pero ¿cuál es la densidad de árboles de una dehesa?, la mayoría de los expertos coinciden en decir que tiene entre 20 y 50 pies adultos por hectárea. Con menos de 20 pies se tiende a hablar de dehesa fósil o dehesa perdida, aunque la malograda Norma de Calidad del Cerdo Ibérico haya situado el límite de una dehesa en 10 árboles por hectárea (tristes dehesas éstas).

La encina respetada

La encina (*Quercus ilex*), llamada también carrasco, carrasca, chaparro, alsina o alzina es una planta panacea y el árbol más importante en la cultura del suroeste ibérico. De ella se ha aprovechado todo: leña, raíz, corteza, hojas, ramas y frutos. En otro tiempo el valor de una finca se valoraba en función de sus encinas, incluso se distinguía entre la propiedad del suelo y la del vuelo (la de los árboles) y se podía empeñar el vuelo como garantía de préstamo.

Acompañando a la encina se encuentran el alcornoque (*Q. suber*) y el quejigo (*Q. faginea*). El alcornoque ade-



Los pastores o porqueros sembraban las bellotas más dulces, una práctica secular de la que nos beneficiamos hoy

más produce corcho y, aunque sus bellotas son de peor calidad, ofrece su cosecha en tres oleadas: las bellotas *primerizas*, *breves* o *sanmigueliñas*, que maduran en septiembre-octubre, en poca cantidad, pero muy grandes; las *segundas*, *medianas* o *martinencas*, que suponen la mayor cosecha, de noviembre a diciembre, con bellotas de tamaño medio; y las *tardías* o *palomeras* que caen hacia finales de enero. El quejigo tiene menos cantidad y las peores bellotas, pero éstas son más tempranas que las de encina. De acuerdo con su fenología, la presencia de las tres quer-



Sin caer en el monocultivo supieron combinar un aprovechamiento de pastos, leña, bellotas y crear un paisaje

cíneas permite adelantar y alargar el tiempo de las montañas.

La formación y mantenimiento de la dehesa

La adaptación del ecosistema original y la ordenación de los recursos naturales según las necesidades productivas de los primeros campesinos ibéricos, dio lugar a este sistema modélico de uso múltiple del territorio.

Si la encina es rústica, resistente y adaptada no lo son menos los hombres que desarrollaron y mantuvieron las técnicas de manejo de la dehesa.

La dehesa se forma mediante rozas y pastoreo, pudiendo periódicamente las encinas para obtener leña, sanear la arboleda y aumentar la producción de bellota. En el pasado resultaba más fácil hacer picón con el monte que carbón con la leña (la motosierra es invento reciente). Las podas iban en turnos de 5 a 10 años, de forma rotatoria y constante (para el gasto y la economía de la casa), con distinta intensidad según el año; de modo que en años difíciles, con malas otoñadas, las podas se convertían al final del invierno en un comodín, que permitía al ganado aprovechar el ramón hasta la llegada de la primavera.

La renovación de la arboleda

Para la renovación de la arboleda es fundamental la práctica del resalveo (selección de renuevos y poda para hacerlos árboles). La siembra de bellotas no era sistemática. Cuando los pastores y porqueros estaban en el campo podían enterrar bellotas seleccionadas por su tamaño y dulzor o por proceder de los árboles más *castizos* o fruteros; para ello bastaba un somero hoyo hecho con la garrota o con la zanga (vara empleada para varear las encinas y tirar la bellota) que se tapaba con un golpe de tacón.



Una encina no vive mucho más de 200 años, por eso hay que aprender de las generaciones pasadas para no agotar las dehesas que nos legaron

Estas prácticas seculares dieron lugar a un proceso de frutalización del bosque mediterráneo, del que se han beneficiado ganados y personas.

Teniendo en cuenta que la vida media de una encina es de 150 a 200 años, no cabe duda de que al ritmo y con la intensidad de la explotación actual no habría quedado una sola dehesa, ni siquiera una sola encina de las más longevas con mil años. Las cargas ganaderas y el manejo del ganado se manejaron con la premisa de la sostenibilidad.

La clave de la dehesa: la rotación

Una de las características del manejo tradicional del ganado en la dehesa ha sido el uso exclusivamente estacional (rotación intraanual); que implicaba el desplazamiento del ganado dentro de la región y a otras regiones (trasterminancia y trashumancia) para superar la sequía estival con el aprovechamiento de pastos de montaña y rastrojeras. El desarrollo de la trashumancia es otro hito histórico de nuestra ganadería. Suponía toda una filosofía de sacrificio del pastor al objeto de garantizar la sostenibilidad y el manejo se considera una de las claves de la regeneración del arbolado: la ausencia de ganado herbívoro durante el estío. Este acotamiento estacional sería necesario hoy en día especialmente en las dehesas con vacuno, teniendo en cuenta que árboles con 12-15cm de diámetro a la altura del pecho, o 20-40 años de edad pueden ser destrozados por el vacuno.

Por otra parte, el abandono del pastoreo modifica enormemente la composición de la comunidad herbácea de la dehesa, y conlleva un proceso de matorralización por sucesión natural hacia la vegetación leñosa, de modo que la invasión sólo puede ser compensada mediante la intervención humana (laboreo y pastoreo). Este abandono formaba parte de rotaciones plurianuales, por las que, cuando las dehesas se aprovechaban mediante aparceros y colonos, se mudaban las majadas dejando que algunas parcelas se "ensuciaran de monte" durante 15 a 20 años, al objeto de que se formaran los renuevos de la arboleda al abrigo del monte. Pasado ese tiempo comenzaba otra vez el ciclo: roza y resalveo, cultivo, majadeo y pastoreo.

La razón de ser de la dehesa

La dehesa se califica como un sistema agrosilvopastoral en el que –ahora más que nunca– predomina el componente pastoral. La dehesa se hace con el ganado y para el ganado. El ganado mantiene los pastos con su pastoreo y los enriquece con sus excrementos. De hecho las principales tareas cotidianas del pastor fueron dirigir el pastoreo y organizar el majadeo o redileo (el sistema de mejora de pastos de la dehesa).

La ganadería está representada por razas adaptadas tras siglos de selección natural, impuesta por las restricciones ambientales del medio. De entre todas estas razas hay que destacar dos: la oveja merina (la oveja de La Mesta) –por su importancia en la formación y mantenimiento de los

pastos– y el cerdo ibérico, que es la joya de la dehesa (su producto máspreciado).

La presencia del ganado no excluye a la fauna silvestre. Entre las aves asociadas a la dehesa se encuentra el águila imperial ibérica, además de otras más abundantes como son los 6-7 millones de palomas torcaces y las 60.000-70.000 grullas que junto a un ingente número de paseriformes dependen de la dehesa para su supervivencia invernal. Podemos decir que ésta es la imagen romántica de la biodiversidad de la dehesa.

La singularidad de la dehesa

La dehesa es la solución agraria más productiva y sostenible para la pobreza de los suelos y la severidad del clima del suroeste ibérico. Pero la sostenibilidad de este agroecosistema conlleva una continua intervención del hombre y del ganado. La dehesa combina posiciones intermedias de estabilidad y productividad entre el bosque y el monocultivo, dando como resultado una de las mayores tasas de biodiversidad de la Cuenca Mediterránea. En ella los valores medioambientales son una consecuencia de un manejo extensivo, equilibrado y eficiente, que debe ser considerado una potente herramienta de conservación.

La eliminación del estrato arbustivo supone una simplificación del bosque mediterráneo en estructura y especies leñosas, aclarando la densidad del arbolado y relegando el estrato arbustivo a lindes, ribazos, regajos, arroyos y allá donde la piedra para al arado. Desde estos cantones gana terreno al pasto cuando se retiran los ganados y sirve de abrigo a las nuevas encinas que nacen de bellotas despistadas en las despensas de arrendajos, lirones y topillos.

La simplificación del estrato arbustivo y el equilibrio alcanzado en el pastizal conlleva un aumento de la diversidad de la comunidad de herbáceas. El número de especies presente en el pasto es una buena referencia de la sostenibilidad y de la optimización de la extensiva ganadera. Así, el pastizal de la dehesa es el más rico de cuantos se pueden encontrar en un ecosistema mediterráneo, acogiendo al 30 % de la flora vascular de la Península Ibérica y, como ha encontrado el equipo de Pineda, llega a presentar una media de más de 30 especies distintas en muestreos de 20x20cm y 74 especies en 200m²; llegando a encontrar Marañón 135 especies en parcelas de 0,1ha. Esta gran biodiversidad se debe a que la dehesa es una mezcla íntima de varios tipos de hábitat (bosques, pastizales, matorrales y cultivos). Adecuadamente pastoreados, los pastos se estabilizan y alcanzan el equilibrio con su aprovechamiento, constituyendo comunidades más o menos estables y estabilizadoras.

Nuestros tesoros ocultos

Nuestras dehesas, tal vez más valoradas por los extranjeros que por los nacionales, están protegidas por la Di-



Dehesa con alcornoques de la que se aprovecha corcho y pastos

Bosques, pastos, matorrales, cultivos, ganado... forman su biodiversidad

rectiva Hábitats, representan una gran parte de la Red Natura 2000, y constituyen las cerca de 425.000ha que protege la Reserva de la Biosfera: “Dehesas de Sierra Morrena”. Lo que supone una importante responsabilidad para propietarios, ganaderos y autoridades.

Se ha dicho que la dehesa gusta al ganadero tradicional porque es el paisaje ideal para cualquier persona, ya que activa en nuestro subconsciente el recuerdo de la sabana que dejaron nuestros ancestros hace milenios para poblar el planeta aprovechando otros ecosistemas. Sea como fuere, su diversidad o multifuncionalidad secular es uno de los valores de la dehesa y su garantía de futuro. Si en el pasado fueron las leñas, el

ramón y los pastos, ahora los nuevos valores son el recreativo, el cultural, el paisajístico, la función de sumidero de CO₂, etc. Éstas son las economías ocultas de la dehesa, por las que el ganadero conservador no percibe nada, sin que ello pueda seguir así. Es necesario que desde la Administración se busque la forma para que el ganadero reciba una compensación económica por esta función social que realiza, y por la que, sin duda alguna, toda la sociedad está en deuda. Finalmente, no podemos terminar este artículo sin reconocer y agradecer una vez más la labor realizada por pastores y ganaderos tanto en fechas pasadas como ahora. ■